

Muros de Troya,
playas de Ítaca
Homero y el origen
de la épica

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Homère*

En cubierta: Ilustración de © Litografía del barco de Ulises (1929),
Wyeth, Newell Convers (1882-1945) / Private Collection /

Prismatic Pictures / Bridgeman Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© *Que sais-je?* / Humensis, 2019

© De la traducción, Susana Prieto Mori

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19207-42-5

Depósito legal: M-12.645-2022

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Jacqueline de Romilly

Muros de Troya,
playas de Ítaca

Homero y el origen
de la épica

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 129 (Serie Mayor)

Índice

<i>Introducción</i>	9
I Nacimiento de las dos epopeyas	11
II El mundo épico y la historia	31
III La estructura de los poemas	51
IV Procedimientos poéticos	71
V Los dioses y lo maravilloso	97
VI Los héroes «semejantes a los dioses»	119
VII Los héroes como «mortales»	135
<i>Conclusión</i>	151
<i>Bibliografía sumaria</i>	157

Introducción

La *Iliada* y la *Odisea* ocupan un lugar aparte en la literatura en general. Son las primeras obras escritas que produjo Grecia. De entrada, se han ganado la admiración general. Los poetas líricos griegos, los dramaturgos, los historiadores se alimentaron de ellas y las imitaron. Su texto sirvió de base a la educación en Grecia. Los héroes de ambos poemas pasaron después al mundo moderno, donde inspiraron otras obras, alusiones, sueños poéticos, reflexiones morales. Aquiles y Patroclo, Héctor y Andrómaca, Ulises se han convertido en seres familiares para todos y capaces de encarnar, según los casos, una u otra idea humana. Es más, cuando alguien relee el propio texto de Homero, aún hoy en día, es difícil resistirse a esa sencillez directa y sin embargo matizada, a esa vida radiante y sin embargo cruel, a esos relatos llenos de maravillas y sin embargo profundamente humanos.

Semejante situación merece que nos preguntemos por los factores que pueden explicarla.

Estos son esencialmente de orden literario. No obstante, hay que dar cuenta, ante todo, de la extraña cir-

cunstancia que hace que estas obras tan extraordinarias fueran también las primeras y que parezcan haber sido sacadas vivas de la nada.

Así pues, hay que plantear primeramente el problema de su génesis. Este es complicado y ha dado lugar a múltiples debates. Examinarlos puede resultar algo árido: sin embargo, es un rodeo necesario, porque los rasgos excepcionales que caracterizan a estas obras solo adquieren pleno sentido si nos hacemos una idea clara de las condiciones que enmarcaron su nacimiento y de la forma en que conviene leerlas.

Pero hemos de tener presente que estos debates solo tienen sentido en función de esta lectura y que los descubrimientos de los eruditos deben, a fin de cuentas, reforzar nuestra fascinación cuando después, mejor informados, volvamos a los propios poemas*.

* Hemos utilizado para las citas las traducciones al castellano de Emilio Crespo Güemes (*Ilíada*, Gredos, Barcelona, 2019) y José Manuel Pabón (*Odisea*, Gredos, Barcelona, 2019).

I

Nacimiento de las dos epopeyas

Homero, para los autores de la Antigüedad, era un poeta del siglo VIII a. C., autor de la *Ilíada*, de la *Odisea* y, por añadidura, de otros poemas cuya paternidad los autores modernos le han negado resueltamente. Este poeta, para los autores de la Antigüedad, vivía en Asia Menor o cerca de Asia Menor. Tal vez naciera en Esmirna; probablemente viviera en Quíos; según la tradición era ciego. Eso es todo lo que sabemos de él. Pero la cuestión de las fechas da que pensar.

De la guerra de Troya a Homero

En efecto, esta fecha del siglo VIII y la de la guerra de Troya, sobre la que escribe Homero, están muy alejadas. La guerra de Troya tiene lugar sobre el año 1200 a. C. Entre el tema y el relato han pasado cuatro siglos, siglos particularmente ricos en acontecimientos históricos: los conocemos mejor gracias a los descubrimientos ar-

queológicos que abundaron desde el último cuarto del siglo XIX y hasta estos últimos años.

Existió en primer lugar la brillante civilización cretense, o minoica, cuya elegancia y riqueza conocemos por los restos de Cnosos. A esto pueden añadirse los descubrimientos más recientes de la isla de Tera (Santorini). Esta civilización, que floreció a mediados del segundo milenio, influyó probablemente en la que habría de sucederla en el continente y que, en muchos aspectos, se le parece: la civilización micénica. Esta duró aproximadamente del año 1600 a 1200. Desarrollada plenamente en los palacios del Peloponeso, en Micenas, Tinto, Pilos, se impuso en otros lugares y los micénicos sometieron incluso a Creta. Es una civilización más ruda que la minoica, pero rica y poderosa. Las excavaciones de Micenas (y más recientemente las de Pilos) nos permitieron conocerla por sus murallas y su oro, por sus armas y sus joyas, sus estatuillas y sus vasijas. Los micénicos utilizaban cierta escritura, de la que conservamos rastros en tablillas. Es una escritura silábica que se denomina Lineal B y que desde 1953 hemos logrado leer, constatando de este modo que se trataba ya de griego.

Hacia el final de esta época micénica se sitúa la expedición contra Troya, dirigida por Agamenón, rey de Micenas, y sobre su reinado nos informan las tabletas, que se siguen descifrando cada día.

¿Qué fue, entonces, esta guerra de Troya? En Troya también se ha excavado, se han hallado rastros de

ciudades destruidas, se ha identificado una ciudad VII que sería la de la *Ilíada*. También se ha encontrado, en textos hititas y egipcios, la mención de los aqueos como una potencia activa en Asia Menor. Es probable que estos aqueos quisieran tomar y saquear Troya y lo hicieran. Pero eso no quiere decir que la auténtica guerra de Troya, aun admitiendo que haya tenido lugar, tuviera en sus causas o en su desarrollo algo, cualquier cosa, que pueda corresponder al relato de Homero: la leyenda de la que surgió la epopeya debió de desarrollarse a partir de un recuerdo bastante impreciso, recordando la gloria muy real que marcó los últimos tiempos de la potencia micénica.

Porque efectivamente son sus últimos tiempos. Hacia finales del segundo milenio, unos invasores del norte, los dorios —que hablaban otro dialecto griego—, se extendieron por todas partes y quemaron todos los palacios del continente, mientras otros movimientos de población agitaban Asia Menor. Entramos entonces en una especie de Edad Media griega que durará hasta el siglo VIII. Se pierde el uso de la escritura. Se practica el trabajo del hierro, un arte geométrico, una vida ruda.

Sin embargo, muy pronto, a raíz de estos dramas y de la superpoblación creada por los dorios, los griegos comienzan a emigrar desde el continente hacia Asia Menor. Allí se expanden por grupos étnicos (entre otros, eolios y jonios, los primeros al norte, los segundos al sur). Hacia el año 800, toda la costa de Anatolia estaba

habitada por griegos y el comercio se había restablecido; la era de la colonización organizada se anunciaba, se adoptaba una nueva escritura adaptando un alfabeto prestado por los fenicios.

En este entorno de los griegos de Asia Menor, y en esta época de recuperación, se sitúa según la tradición la composición de la *Iliada* y la *Odisea*, culminación de cuatro o cinco siglos de recuerdos transmitidos de forma oral.

A esto hay que añadir que tal vez las obras compuestas entonces no lo estuvieran *ne varietur*. Tuvo que haber adiciones posteriores, modificaciones, interpolaciones. Las hay en todos los textos griegos, pero con mayor razón en una epopeya que podía cantarse por fragmentos y retocarse a placer. Habría que esperar a Atenas, bajo Pisístrato, es decir, al siglo VI a. C., para que el texto de Homero quedase oficialmente fijado y las epopeyas tuvieran que ser recitadas como un todo homogéneo que no volvería a alterarse.

La *Iliada* y la *Odisea* son por tanto la culminación de varios siglos de historia y pueden reflejar, según el caso, recuerdos antiguos o experiencias recientes. Pero, sobre todo, se vislumbra que tuvo que existir necesariamente una larga transmisión de la tradición durante todos esos siglos, que debe dar cuenta de los poemas que son su desenlace, y que nunca la conoceremos, puesto que de ella nada se ha escrito y se trataba de poesía oral.